EN EL CIELO DE AFRICA

Kilimanjaro y monte Neru

«Nosotros, el pueblo de Tanganyica, quisiéramos encender una candela y colocarla en la cumbre del monte Kilimanjaro de modo que brillase más allá de nuestras fronteras, llevando esperanza donde había desesperación, amor donde había odio, y dignidad donde antes había solamente humillación».

JULIUS K. NYERERE

Esta bella frase del presidente de la República de Tanzania figura, grabada en una pequeña placa de bronce, en el punto más elevado del continente africano. Y de hecho, los glaciares del Kilimanjaro, brillando bajo el sol tropical, atraen cada año a muchas personas en quienes se acrecentará el amor por Africa y por sus pueblos.

Situado a 3 grados de latitud Sur, el Kilimanjaro, cuyo nombre significa «montaña brillante» o «montaña blanca» se eleva desde la antiplanicie que le rodea a una altura media de 1.200 metros, hasta los 5.895 metros. Se creyó que se trataba de un volcán extinguido, pero recientes investigaciones han probado que está solamente dormido. En el cráter se han apreciado fumarolas cuya actividad aumenta, pero los científicos creen improbable una erupción en un futuro próximo. Una de las noches que pasamos en sus cercanías sentimos temblar ligeramente la tierra.

La base de la montaña mide unos 70 por 50 kilómetros y se orienta aproximadamente de Oeste a Este. Sobre este gran amontonamiento se elevan dos cumbres: a occidente la más alta, Kibo, en forma de cúpula

cubierta de glaciares, y a oriente Mawenzi, de 5.149 metros, formada por espectaculares crestas y agujas. Entre ambas se extiende un amplio collado, de unos 8 kilómetros de anchura, llamado en inglés «the saddle». es decir, la silla de montar. Una tercera cumbre, Shira, de 4.006 metros, se encuentra más a occidente, muy erosionada.

En «La Montaña», de Maurice Herzog, leemos que Kibo significa CLARO y Mawenzi OSCURO, mientras que la guía del Club de Montaña de Kenya dice que aquel es un ELEFANTE y éste un CAZADOR.

Los glaciares, que solamente Kibo conserva, se encuentran en regresión. En 1.887 las capas de hielo de las vertientes Norte y Sur estaban unidas sobre el borde oriental del cráter, pero desde entonces se han producido varias entalladuras, fragmentando la masa glaciar y dejando al descubierto las rocas desnudas. Tanto en los bordes de los glaciares como en el interior de la caldera del volcán, el hielo presenta formas espectaculares.

LOS PRIMEROS

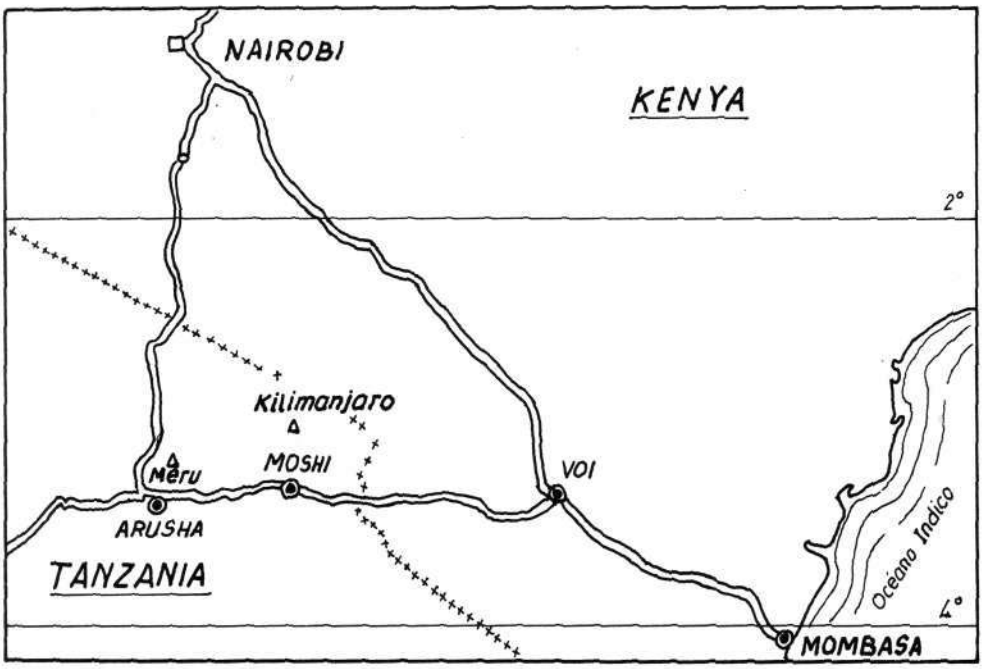
Por su proximidad —300 kilómetros— a la costa del océano Indico, el Kilimanjaro era conocido de antiguo por los europeos. En 1.848 fue visto por dos misioneros alemanes, Rebman y Krapf. En 1.871 un misionero inglés, Charles New, superó la «silla de montar» y dos años más tarde, en un nuevo intento, fue muerto por los indígenas. Desde 1.885 hasta el final de la 1.ª Guerra Mundial el territorio de Tanganyika fue dominado por los alemanes que tuvieron ocasión de explorar el macizo. Hans Meyer, alemán, y el guía austriaco Purtscheller subieron en 1.889 a la cumbre del Kibo y al Mawenzi, si bien la parte más alta de este, el pico Hans Meyer, no fue alcanzada hasta 1.912 por Oelher.

Hoy, gracias a la colonización inglesa, a Hemingway y a la popularización de los viajes, el Kilimanjaro es un gran atractivo turístico del Africa Oriental, junto a los parques nacionales y las blancas playas del Indico.

KIBO: UN GIGANTE A SU ALCANCE

La ascensión al Mawenzi está reservada a auténticos escaladores, pues todas las vías comprenden escalada en roca y con frecuencia algunos tramos en hielo y nieve.

Al Kibo puede ascender cualquier persona capacitada físicamente. Entre los centenares que cada año alcanzan la Punta Gillman, 5.685 metros, en el borde del cráter, muchos son turistas con poco o ningún conocimiento de la montaña. Sin embargo, no todos tienen resistencia, capacidad de sufrimiento o interés para continuar el esfuerzo en el aire enrarecido hasta llegar al Pico Uhuru (Libertad) a 5.895 metros, el punto más elevado.



En cualquier caso, el mal de altura acecha y conviene conocer los síntomas y el remedio.

La ciudad más próxima es Moshi (Tanzania), a 220 kilómetros por carretera de Nairobi (Kenya), donde pueden alquilarse automóviles con o sin conductor. También se puede alcanzar por ferrocarril, autobús de línea o avión.

La marcha de aproximación comienza en Marangu, lugar a 38 kilómetros de Moshi, donde existen dos buenos hoteles que se ocupan de organizar las excursiones, contratando guías y porteadores, facilitando alimento y reservando plazas en los refugios.

La dirección postal de estos hoteles es:

— Marangu Hotel, P. O. Box 40

— Kibo Hotel, Private Bag

ambos en Moshi, Tanzania.

También en el Moshi Tourist Centre, P.O. Box 381, pueden reservarse plazas para los refugios de la vía normal. Y por supuesto en Nairobi, Mombasa y Dar es Salaam existen buenas agencias de viajes que facilitan las gestiones de reserva.

Dado que el gobierno de Tanzania ha prohibido todas las ascensiones al Kilimanjaro por la vertiente de Kenya, las excursiones deben comenzar forzosamente desde Moshi.

Para quien no disponga de su propio equipo de montaña, los hoteles citados ofrecen, por un barato alquiler, mantas, bastones, chaquetas, manoplas, gorros, lámparas...

Desde la ladera del Mawenzi, la «silla de montar» y el Kibo.

En realidad, calzado y ropa abrigados sólo son necesarios para subir al cono final. La marcha de aproximación puede hacerse con calzado ligero. Tampoco es necesario piolet, sustituido por un bastón ferrado, ni crampones. Sin embargo, en ocasiones, a causa de las condiciones de la nieve, el Pico Uhuru no puede ser alcanzado desde la Punta Gillman más que por montañeros bien equipados y habituados.

La contratación de guías y porteadores tiene indudables ventajas; pocas personas están capacitadas para llevar durante horas su equipo, comida y bebida a grandes alturas, y no se aceptan reservas de plazas en los refugios para los excursionistas que no han contratado un guía. Guías y porteadores pertenecen a la tribu Chagga, son amables y eficaces. Pocos hablan inglés y agradecen las palabras que el turista pueda dirigirles en swahili. Además, gracias a ellos, el excursionista dispone de comida bien cocinada, fácil de aceptar en la altura, y de abundante bebida, lo que permite llegar al momento del esfuerzo final en buenas condiciones físicas. Y no es el menor servicio la taza de té caliente servida por la mañana, antes de abandonar la tibieza del saco de dormir.

LA RUTA

La ascensión al Kibo, por la ruta de Marangu, se hace en 5 días. La mañana del primero se pasa en preparativos, haciendo los paquetes que subirán los porteadores. Esto retrasa la salida hasta mediodía. Y es a ple-

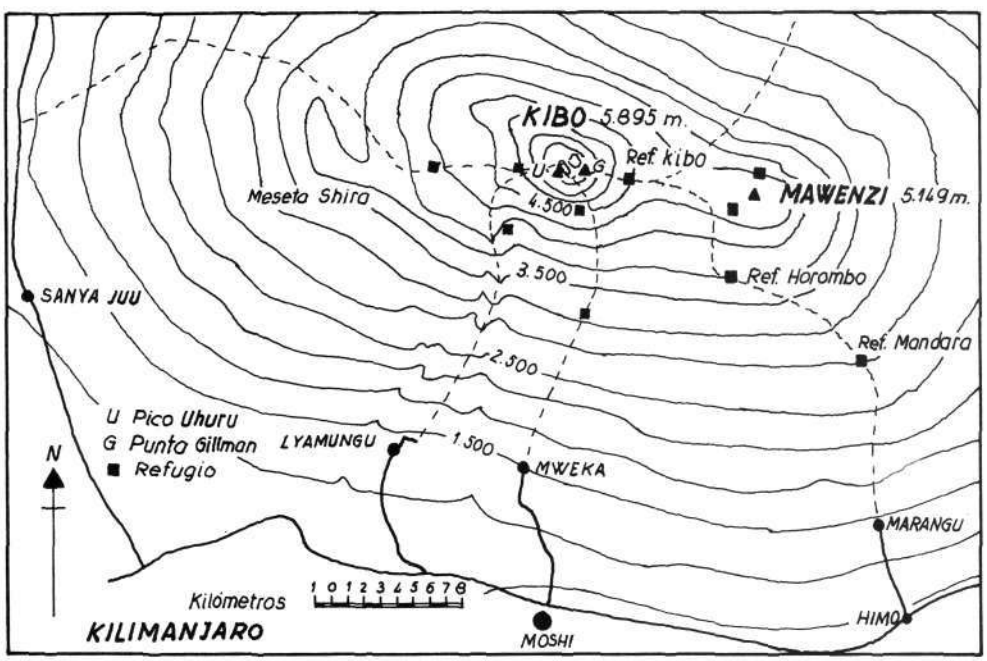
no sol que ha de caminarse unas dos horas por una carretera asfaltada, entre pequeñas granjas, hasta la Puerta Marangu del Parque Nacional del Kilimanjaro. Desde aquí se sigue un ancho camino hasta el refugio de Mandara (2.750 metros). Pero recomendamos tomar, a poco de pasar la puerta del parque, una senda a la izquierda, bien señalada aunque solitaria, que atraviesa la selva por lugares de gran belleza. Desde Marangu hasta Mandara hay 17 kilómetros y 1.300 metros de desnivel.

El segundo día la senda asciende fuertemente a través de la selva, pero pronto desemboca en praderas de alta hierba, apareciendo a la vista el Mawenzi y a lo lejos la cúpula del Kibo. En unas cinco horas se llega cómodamente al refugio de Horombo (3.720 metros).

Tanto el refugio de Mandara como el de Horombo fueron construidos por los alemanes antes de la 1.ª Guerra Mundial. Hoy, el gobierno de Tanzania está construyendo pequeñas cabañas de madera. Cada una está dividida en dos secciones para cuatro personas. Además de conferir más independencia que un gran refugio colectivo, se adaptan mejor al paisaje.

En Horombo hay agua abundante en un arroyo próximo.

El tercer día el camino, pasando junto al último punto de agua potable, asciende directamente hacia la «silla de montar», pequeño desierto de roca y ceniza, a 4.300 metros, cubierto frecuentemente por una capa de nieve reciente. Dando la espalda al Mawenzi se dirige hacia el refugio del Kibo, (4.703 metros) situado al pie de la pedrera que desciende del cráter.



EN EL CIELO DE AFRICA

El cuarto día, a la 1 de la madrugada nos avisa el guía, trayéndonos el té caliente al saco. Nos ayuda, siempre amable, en nuestros preparativos, y media hora después nos enfrentamos con la enorme pendiente que nos llevará hasta la Punta Gillman. Hacia las tres y media llegamos a la cueva de Hans Meyer donde descansamos un momento. Hace frío. La tierra brilla a la luz de las lámparas. Está helada. Gracias a ello se hace menos penoso el andar.

Goodfure Daudi, nuestro guía, comienza a dar gritos en swahili que otro guía contesta en la oscuridad. Intercambian frases, se ríen, cantan y acaban gritando de alegría.

En el cielo luce la Cruz del Sur. Después aparece Tolimán. Hacia el Norte vemos la Osa Mayor, tan familiar. Y sobre nosotros, alejándose hacia la cumbre, Orión, al que perseguimos, y por fin se nos escapa.

Venus preludia al Sol. Se apagan las lámparas. Y de pronto, Daudi nos señala, muy cerca, la Punta Gillman. Tardamos cuatro horas y media desde el refugio.

El Sol ha salido sobre un inmenso mar de nubes, tras las crestas dentadas del Mawenzi. Nos dejamos acariciar. Pero ya Daudi nos invita a seguir hacia el Pico Uhuru.

Recorriendo el borde del cráter en el sentido del reloj, bordeamos por la derecha las Torres de Bismarck y la punta Stella. En el lado interior del cráter, sombrío, hay abundante nieve reciente que sostiene bien. Daudi, calzado con malas botas, agradece que le prestemos uno de nuestros piolets. La parte superior del glaciar Rebmann nos muestra sus paredes de hielo. Y por fin, atravesando las pequeñas elevaciones de las puntas Hans Meyer y Elveda alcanzamos el Pico Uhuru en hora y media desde la Punta Gillman.

Poco después escribí en mi cuaderno de notas: «La cumbre tiene majestad. Aquí todo es grande. En los extraños seracs se aprecian las capas de hielo de los años. Hay bloques puntiagudos. Quizá lo más emocionante, después del mensaje de Julius Nyerere escrito en bronce, sea la vista del monte Meru, viejo amigo de hace unos días».

Retrasamos la bajada todo lo posible. Por fin, hacia las dos de la tarde, estamos de vuelta en el refugio de Kibo donde comemos y descansamos. Por la tarde, en poco más de dos horas, bajamos a Horombo.

El quinto día descendemos, pasando por el refugio de Mandara, hasta Marangu.

EL VIL METAL

Como orientación económica, si se confía la organización a un hotel, el costo es:

En la cresta del cráter, bordeando el glaciar, cerca del Pico Uhuru.

— Ascensión a la montaña, incluyendo guías y porteadores, entrada al Parque, refugios y alimentos: 125 dólares.

— Noche anterior y posterior en el hotel, confortable, incluyendo todas las comidas: 45 dólares.

— Total: 170 dólares USA por persona.

Si se prefiere contratar particularmente los servicios, la tarifa de un guía es aproximadamente de 12 dólares y la de un porteador de 8 dólares, para los cinco días. Debe añadirse una propina.

La entrada en el Parque y los refugios, 10 dólares. A esto hay que añadir la alimentación.

No es fácil encontrar porteadores, sobre todo en ciertas épocas del año en que la cosecha ofrece trabajo más llevadero.

Cada porteador puede llevar 20 kilos, pero como son necesarios más porteadores para llevar su comida, a razón de uno por cada dos porteadores de carga, el peso útil desciende a 15 kilos.

MITOLOGIA NEGRA

Y para no terminar hablando de dinero, traslado una leyenda chagga que figura en la guía del Mountain Club of Kenya.

«Una vez, en la antigüedad, cuando estaban fumando sus pipas, la de Mawenzi se apagó. Pidió fuego a su hermano Kibo, más joven pero más fuerte, y lo obtuvo. Poco después, mientras descabezaba un sueño, su pipa se apagó de nuevo. Y otra vez pidió fuego a Kibo. Pero este se enfadó

mucho y le pegó tan terriblemente con su garrote que todavía se puede ver su superficie magullada, demolida y rota y percibir su actitud adusta, adoptada después de tan injusto tratamiento. Los chagga creen que Mawenzi está avergonzado de su aspecto y que por ello se cubre de nubes siempre que puede».

MONTE MERU O PICO SOCIALISTA

4.565 m. — TANZANIA

Situado a 200 kilómetros al Sur de Nairobi, Kenya, y a 70 kilómetros al oeste del Kilimanjaro, el Meru recibió su nuevo nombre de Pico Socialista en 1.967; Esta denominación oficial no ha conseguido todavía desplazar a la primitiva.

Como muchos otros volcanes apagados, no constituye por sí mismo un objetivo muy atractivo para el montañero, pero su situación en el centro de una zona de selva y las vistas que ofrece, justifican su ascensión.

Pueden hacerse como excursión de fin de semana desde Nairobi, si se dispone de un todo-terreno. Nosotros —Carmen, Antón, Javi, Natxo y Tito— decidimos ascender como entrenamiento y adaptación a la altura antes de dirigirnos al Kilimanjaro.

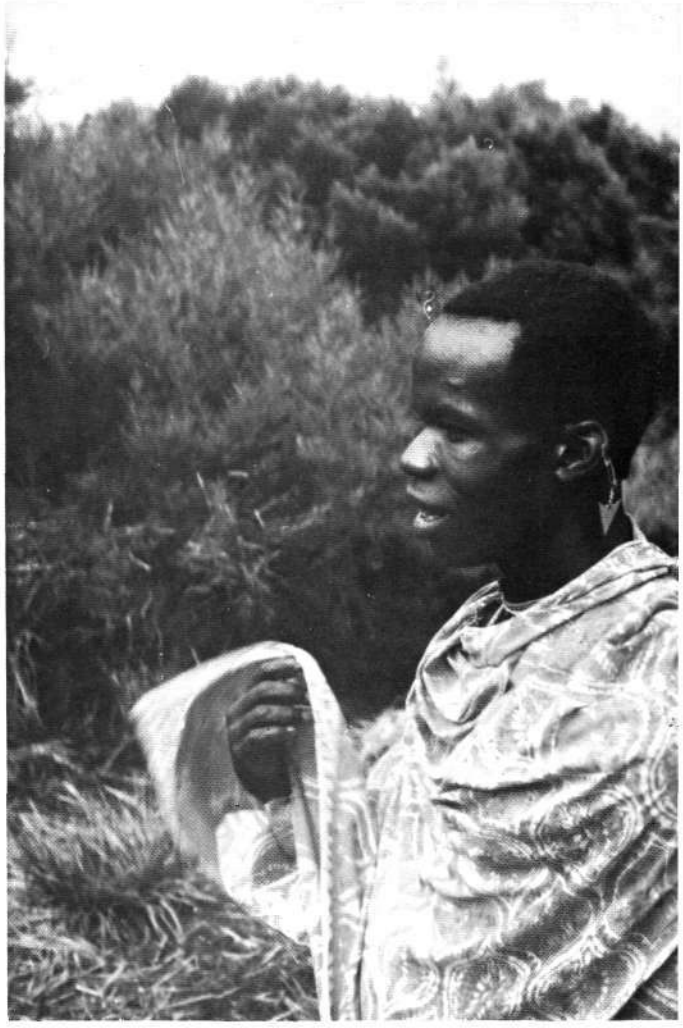
La ciudad más próxima es Arusha que, rodeada de cafetales y huertas, presenta un aspecto próspero. En la oficina de Turismo nos indican el camino: dirigiéndonos por la carretera de Nairobi, a unas 5 millas, en Ngarantoni, tomamos a la derecha la desviación hacia la Escuela y Centro de Investigación Forestal de Olmotonyi. Su director, africano, nos recibe muy amablemente en la sala de su vivienda y se esfuerza por conseguirnos un guía, pues es conveniente para atravesar la selva. Pero es Nochebuena y todo el mundo está ausente. Debemos continuar solos. Al despedirnos nos advierte que no hay agua potable en este itinerario.

Iniciamos la subida de una pista de 10 millas en nuestra furgoneta Wolkswagen. Tres monos negros de larga cola cruzan sobre la carretera por las ramas de los eucaliptus. Pronto la pista se estropea. La ceniza volcánica ha sido arrastrada por las lluvias, formando zanjas y amontonamientos de polvo negro donde sólo puede pasar un todo-terreno. Un rápido reconocimiento a pie de los próximos kilómetros no hace desistir de continuar con la furgoneta. Truena y llueve. Montamos las tiendas y cenamos en medio de un pinar plantado por la Escuela Forestal. No nos creeríamos en Africa si no fuese porque entre los pinos pasan grupos de nativos hacia sus poblados. Se desplazan rápidamente de tronco a tronco y, ocultos tras ellos, nos observan con curiosidad. Son de la tribu Arusha, una reducida etnia enclavada entre los Masai y los Chagga.

Esta noche no veremos la Cruz del Sur; el bosque y las nubes lo impiden.

Al amanecer iniciamos la actividad. Tres de nosotros bajamos la VW a la Escuela mientras los dos restantes esperan junto a las mochilas. Donde la pista vuelve a ser transitable y ya no hay que empujar la furgoneta, me siento a esperar el regreso de mis amigos. Los monos me observan columpiándose, y una pareja de cálaos de plumaje negro y blanco pasan aleteando ruidosamente.

Una vez reunidos continuamos por la pista que asciende suavemente. Se descubren hermosas vistas sobre la llanura interrumpida por pequeños conos volcánicos.



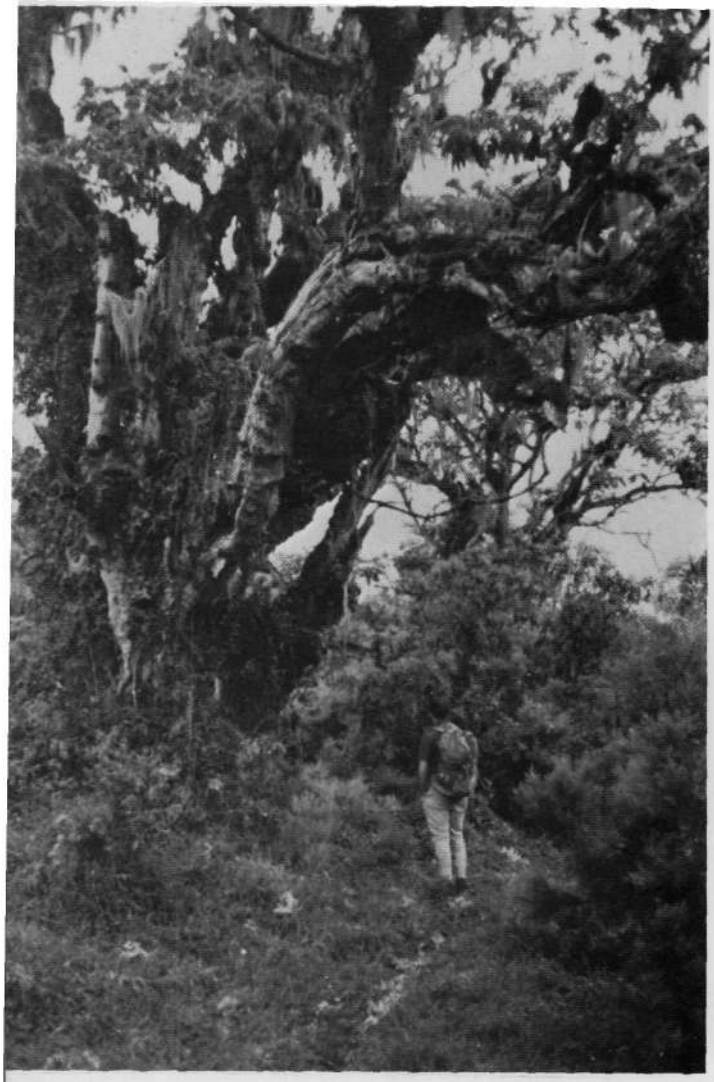
Confiado ante una sonrisa...

En un claro en el pinar, apartado a la izquierda de la pista, nos sorprenden unas ruinas, probablemente de alguna explotación de la época colonial. Enfrente tenemos el Meru, oculto en su mayor parte por nubes. El cono volcánico está cubierto de selva hasta unos 3.500 metros. Por encima una breve faja de hierba y luego cenizas y rocas hasta la cumbre.

Desde aquí la vegetación espontánea alterna con el pinar. La pista sigue subiendo y a poco llanea un trecho y comienza a bajar. No vemos claro por dónde debemos continuar. En un momento que se abren las nubes brilla al sol el refugio, justo en el borde superior de la selva. Es evidente que, en contra de lo que nos han dicho, la pista no llega hasta él, pero no encontramos una senda. Pronto los buenos espíritus nos ayudan: aparecen dos jóvenes africanos y nos señalan el arranque de una trocha en dirección al Meru, justo en el lindero de un pinar.

Los dos jóvenes adornan los rasgados pabellones de sus orejas con grandes pendientes en punta de flecha y se muestran tan recelosos ante las máquinas fotográficas como confiados ante una sonrisa.

La vegetación se cierra. Apenas se aprecian las rodadas de los vehículos. Casi sin transición hemos pasado del pinar geométrico a la selva. Llegamos al lugar donde también los todo-terreno se detienen. Hay



En la selva del Meru.

restos de un fuego. Desde aquí tenemos que seguir la senda con toda nuestra atención, con frecuentes vueltas atrás para reencontrar la que consideramos acertada.

¿La encontraremos mañana a la bajada? Tomamos con la brújula el rumbo dominante, Este, y rompemos ramas que nos servirán de referencia.

Hay muchas huellas de elefante, cagadas, señales de sus redondos pies, tierra hozada con los colmillos. ¡El poderoso Tembo! Destrozos en la vegetación al abrirse paso, señalan su camino.

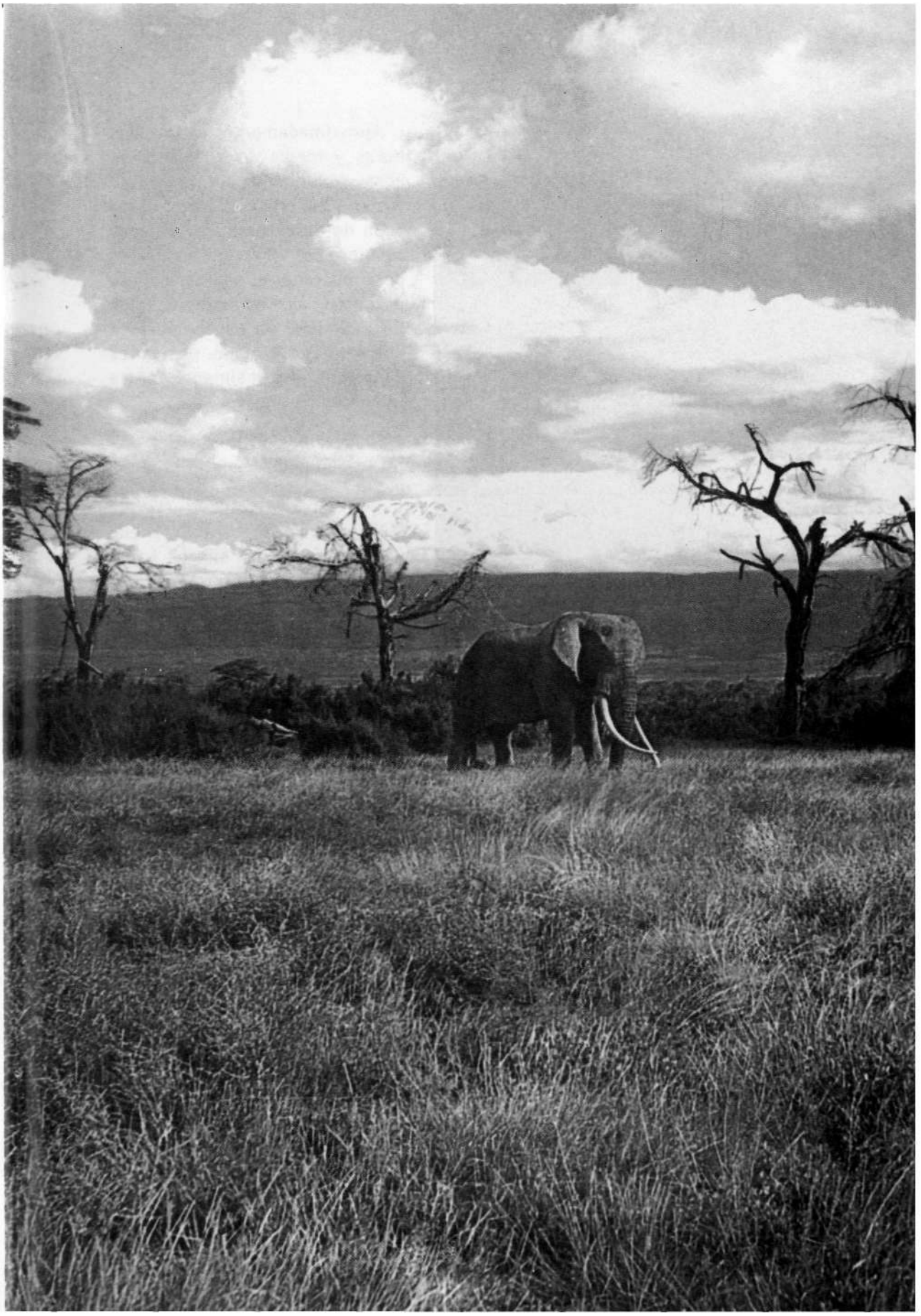
Los árboles están cubiertos de vegetación parásita. Cuelgan lianas. Disfrutamos emocionadamente la sensación de soledad y misterio.

El terreno comienza a ascender, estamos en la base del cono. Subimos, ya sin senda, entre profundas excavaciones abiertas en la ceniza por las aguas de las tormentas. De pronto termina la selva y aparece el refugio. Es una construcción de chapa ondulada y suelo de tierra. Nos parece acogedor pues hace rato que llueve.

Se levanta un viento duro que arrastra las nubes. La puesta de sol es roja, muy roja, como si compensase su brevedad ecuatorial con la intensidad del color. La selva se inflama, se apaga, se anega de oscuridad.

Hacia las cinco de la mañana, cuando pensamos levantarnos, graniza. Esperamos en los sacos hasta que la luz se afirma. Ahora no llueve pero el tiempo sigue malo. Hay nubes por debajo y por encima de nosotros. A poco de comenzar a subir llueve de nuevo violentamente. Natxo se vuelve al refugio y Carmen le acompaña. Me dan envidia, pero la ambición de la cumbre me hace seguir. Javi y Antón avanzan más que yo, se adelantan, pero a mitad de la ascensión tienen la delicadeza de esperarme para almorzar.

Dos mil quinientos metros más abajo la llanura está cubierta de nubes de polvo que levanta el ventarrón.



El cono interior del cráter del Meru, visto desde la cumbre.

Aproximadamente a las dos horas y media de subida la incómoda ceniza es sustituida por rocas. Cubiertas de una ligera capa de nieve reciente, a veces requieren el apoyo de las manos para mantener el equilibrio, pero permiten avanzar con comodidad. La línea de ascensión está claramente señalada por palos colocados verticalmente entre las rocas.

Alcanzamos el borde del cráter y siguiendo hacia la derecha llegamos a la cumbre principal.

Desde aquí la cara Este cae verticalmente 900 metros hasta el fondo del cráter. En su centro se levanta otro secundario, de erosionadas cenizas.

Y más allá, las nubes nos niegan la contemplación de la blanca cúpula del Kilimanjaro.

A. ARREGUI